

Editado por >>> Fundación UOCRA
y Universidad Nacional de Tres de Febrero.
diciembre 2018
ISSN: 2524-9371

Dossier sobre
**Calidad del Empleo y
Estructura Socio-productiva**

#6

Jóvenes, informalidad estructural y precarización

UNTREF
UNIVERSIDAD NACIONAL
DE TRES DE FEBRERO

CIEA
Centro Interdisciplinario
de Estudios Avanzados
UNTREF

(O)BSERVATORIO
educación | trabajo

**Fundación
UOCRA**

nsoc
Investigaciones Sociales

#6 Jóvenes, informalidad estructural y precarización

■ Presentación

A contramano de lo que se viene pregonando en los principales medios y por numerosos voceros gubernamentales, las posibles soluciones de los problemas argentinos no pasan solamente por bajar el déficit fiscal a cero. Afirmar esto significa pensar los procesos económicos y sociales como algo estático, como un estado de cosas y no como un proceso. Desde esta perspectiva simplista, a partir de no tener déficit fiscal, se podría comenzar a crecer virtuosamente, se recuperaría el empleo y se generarían nuevos puestos de trabajo; al mismo tiempo, se incrementaría la competitividad de la economía y crecerían las exportaciones de bienes y servicios. También, se efectivizaría la tan mentada “lluvia de inversiones productivas”. En realidad esta sobreactuación enunciativa está fuertemente influenciada por los compromisos asumidos con el FMI: la disciplina fiscal es la promesa que pretende evitar la fuga de capitales, alineándolo con la inversión directa; aunque sobre esto último, cabe remarcar que desde que comenzamos a publicar nuestro Dossier, las inversiones han sido, para decirlo con mesura, sumamente escasas.

Frente a esto, pensamos que es factible un escenario para el término de este año y, probablemente, para todo el año entrante que pueda desenvolverse del siguiente modo. La tasa de inflación tuvo un desarrollo impetuoso durante los últimos cuatro meses y al culminar el año quedará con una variación interanual superior al 45%, aunque si desagregamos la evolución en el rubro alimentos y bebidas el porcentaje se eleva a casi el 50%; dejando como prospectiva para 2019 un valor no menor a un piso del 20%. En paralelo, la anunciada reducción del déficit se traduce (ya lo estamos observando), empíricamente, en la caída de la actividad, con menos obra pública y actividad privada, menos puestos de trabajo, aumento de la informalidad estructural y caída de la demanda porque las personas disponen de mucho menos para gastar. A su vez, esta merma de la actividad impactará, entre otras cosas, en los ingresos fiscales (algo que ya se está observando), poniendo mayores dificultades para sostener la reducción del déficit.

Ahora bien, lo notable es que, probablemente, todo esto suceda sin títulos catástrofe y sin una gran alteración dentro de la discusión pública. Mientras tanto, los problemas de fondo no hacen más que incremen-

tarse y la pregunta central es ¿quién va a invertir productivamente en un país en semejante situación? A lo sumo habrá apuestas puntuales por Vaca Muerta, el complejo agroexportador y, quizás, otros recursos como la extracción de litio. Pero estas buenas iniciativas, como ya lo señalamos en números anteriores, lamentablemente solo alcanzan para la sostenibilidad de un país con un cuarto o un tercio de nuestra población. ¿Qué pasará con el resto?

Por lo tanto, el desafío principal no está tanto en dejar de gastar, sino en ver cuáles y cómo son las estrategias para generar nuevos recursos. Pero no somos necios, estamos conscientes que el gasto necesita algún grado de racionalización y de eficiencia en su aplicación. Sin embargo, autocentrarnos en ello es jugar solamente al “achique” de la economía y, por ende, de la sociedad. Al mismo tiempo, insistiremos en que el mediano y largo plazo es hoy, en que nuestros problemas son complejos y, como tales, necesitan acciones sistémicas, que ataquen, de modo simultáneo, múltiples demandas y situaciones.

Pero esta caracterización no pretende ser simplemente un ejercicio de catarsis para señalar lo mal que están determinadas situaciones. Nuestro objetivo primordial es tratar de contribuir a una discusión sobre los problemas, tanto en la apreciación de su diagnóstico como en pensar políticas y acciones que se pueden llevar a cabo. Es por ello que, de la cuestión general, nos interesa, en este número, pasar al análisis de uno de los puntos que creemos estratégicos dentro del cuadro global de dificultades: el problema de los jóvenes en relación al empleo y a la educación.

Por este motivo, la parte central del Dossier la dedicaremos a revisar una serie de informaciones focalizadas dentro del grupo de jóvenes de los aglomerados urbanos, a fin de observar cómo se especifican muchos de los problemas señalados anteriormente.

Como siempre, esperamos que esta discusión aporte constructivamente al debate que necesitamos, porque sin el debate y la comprensión de las raíces de ciertos problemas, difícilmente estaremos a la altura de lo que nuestra sociedad necesita.

Diego Masello
UNTREF

Guillermo Zuccotti
Fundación UOCRA

La evolución negativa del mercado de trabajo

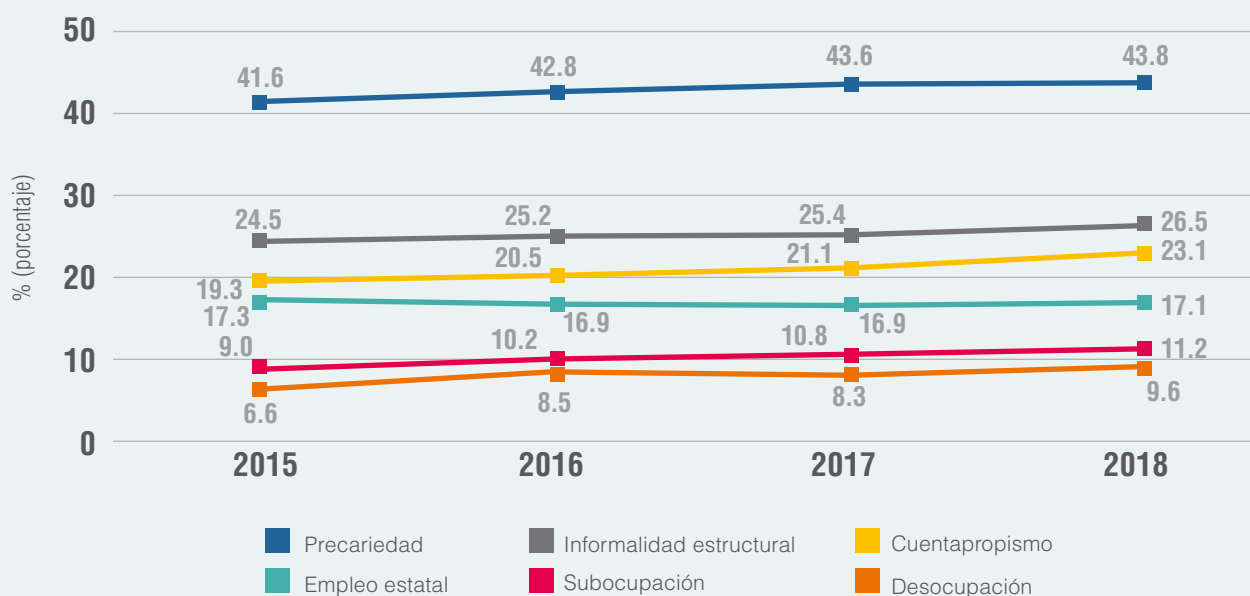
Retomando algunos señalamientos de la introducción, el panorama socio-laboral de este semestre se ha visto fuertemente agravado por lo que ha ocurrido a partir de la violenta devaluación de nuestra moneda, de alrededor del 100% en seis meses, así como por el incremento generalizado de precios llevando la inflación de alimentos y bebidas anualizada a valores que alcanzan el 50% al finalizar el presente año. Ponemos foco en ello porque el comportamiento del gasto de los sectores del trabajo observa, ante el presente escenario de retracción económica, una propensión al consumo centrada en estos bienes.


En contraposición, prácticamente todas las negociaciones paritarias han fracasado en uno de sus objetivos centrales: el sostenimiento del salario real. Estimaciones del INDEC apuntan una pérdida superior al 15% de salario en estos últimos tiempos, lo que impacta de manera directa en el poder de compra de las familias y en la demanda como factor central en el impulso del crecimiento económico;

tanto es así que, según algunos relevamientos, las ventas en supermercados y en shoppings han caído un 8% y 15% respectivamente.

A su vez, a nivel interanual, noviembre de 2018, presenta que la actividad industrial (EMI) cayó 13,3% y el sector de la construcción 15,9%. El estimador de la actividad económica refleja hasta septiembre una caída del 5,8% respecto al mismo mes de 2017, elementos que indican que este año va a haber un decrecimiento económico que posiblemente se extenderá hacia la totalidad del año entrante. Ahora bien, como hemos afirmado repetidamente, si las condiciones macroeconómicas favorables son una condición necesaria pero no suficiente para mitigar algunos de nuestros problemas estructurales, ¿qué sucederá de ahora en más que nos adentramos a una recesión que se proyecta más difícil de lo que se viene vaticinando? Dentro del mercado de trabajo implicará un aumento más acelerado tanto de la informalidad estructural como de la precariedad general de los trabajadores. Podemos observar algunas de estas tendencias en el siguiente gráfico:

Evolución de indicadores laborales





En primer lugar, se presenta una tendencia creciente tanto de la informalidad estructural (+8%) como de la precariedad laboral (+5%), involucrando, esta última, además de la propia informalidad otras formas de precarización del trabajo. Cabe señalar que para el año 2018 se están considerando los datos del segundo trimestre, información que aún no contempla en su total magnitud los fuertes impactos devaluatorios y de actividad que se han registrado este año.

En segundo lugar, se evidencia un incremento dentro de las ocupaciones cuentapropistas en un 20%, aspecto que está ligado al crecimiento de la informalidad estructural, ya que es en este tipo de ocupaciones donde se refugian quienes van perdiendo trabajos que se encontraban en algún tipo de relación de dependencia. Un tercer aspecto a tener en cuenta es el incremento en un 24% de la tasa de subocupación, exponiendo la situación de muchos trabajadores y trabajadoras que no están pudiendo trabajar todo lo que desean. Esto, por lo general, se correlaciona con una situación de ingresos insuficientes.

Finalmente, cabe mencionar el aumento de la desocupación, que pasa del 6,6% al 9,6%, lo cual, si bien no parece algo significativo, implica en valores relativos un aumento del 45% que sumado a los aspectos previamente enunciados, contribuyen a un aumento de los “déficits” de Trabajo Decente tal como lo define la OIT.

Todos estos aspectos contribuyen a delinear la evolución de lo que, creemos, son los principales problemas que refleja el mercado de trabajo, problemas que, como venimos señalando hace tiempo, tienen raíces estructurales y necesitan de un nuevo tipo de políticas públicas para ser encarados.

Los aspectos latentes: el grave problema estructural social y económico

Hemos afirmado en varias oportunidades que Argentina es una de las tantas sociedades hispano-americanas que presenta importantes brechas o fracturas estructurales que se evidencian en ciertas dimensiones económicas y sociales. Estas brechas desafían a analistas y decisores de políticas públicas a la elaboración de escenarios que den cuenta, de un modo combinado, del comportamiento del mercado de trabajo por un lado y de la estructura social y productiva por otro; identificando a su vez los segmentos ocupacionales de mayor vulnerabilidad.

En este sentido, resulta significativo no escindir el problema de ciertos segmentos de la población, como es el caso de los jóvenes, de las condiciones de vulnerabilidad asociadas a la composición estructural del aparato productivo. Por el contrario, la estructura socio-productiva resulta un factor con alto potencial explicativo de las condiciones de vulnerabilidad de estos segmentos, mejorándose el nivel del análisis al considerar estos otros aspectos, de carácter estructural, con aquellos provenientes del deterioro de la institucionalidad laboral y de la erosión de las capacidades estatales de regulación. Este proceder nos permite diferenciar, dentro del mercado de trabajo, una mayor cantidad de segmentos ocupacionales con distintos niveles e intensidades de vulnerabilidad.

Los jóvenes, por ser quienes cumplen el rol protagónico en el ingreso a la vida productiva, son los primeros afectados por el deterioro de las condiciones de empleo. En especial, aquellos jóvenes

que sólo pueden insertarse en una ocupación de la informalidad estructural y que, por lo general, se encuentran en situaciones de alta precarización. El deterioro institucional de la organización social y ocupacional en relación a los ciclos de vida, que históricamente se ordenaba en trayectorias a través del pasaje por ciertos eventos como la institución educativa, el trabajo, la partida del hogar de origen, etc., estructuraban el paso de la juventud a la adultez. Hoy estos dispositivos están cuestionados, a la vez que se encuentran dificultades para la identificación de nuevos mecanismos de inclusión social para los jóvenes.

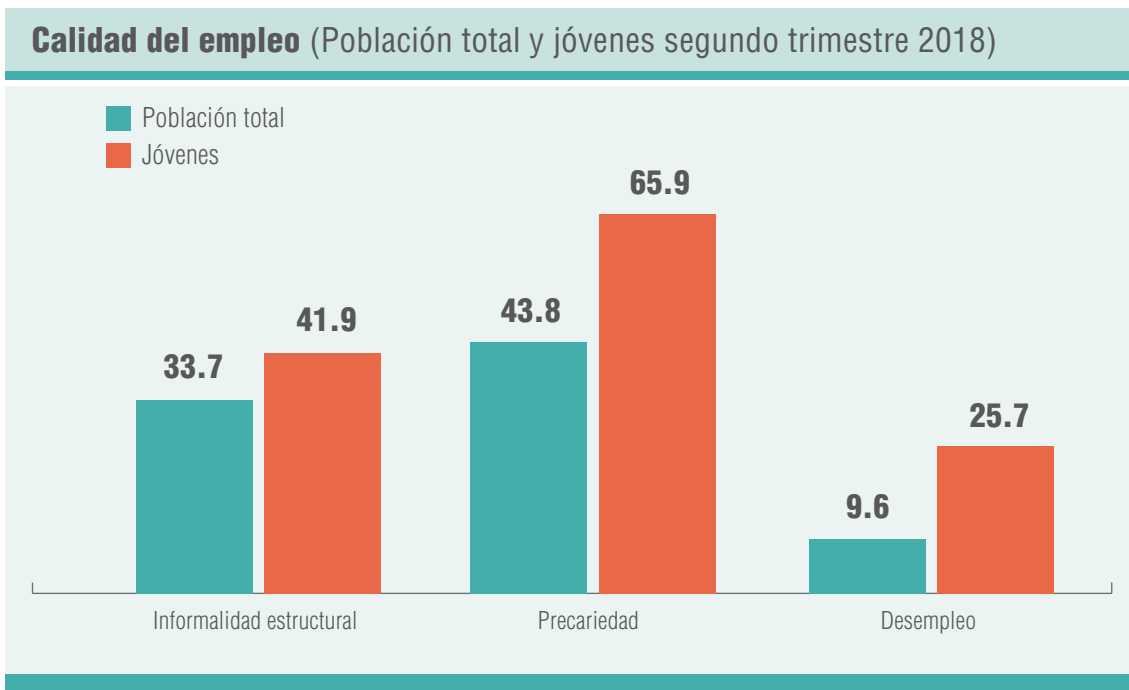
En los primeros números de este Dossier, sosteníamos que el crecimiento económico no garantizaba la corrección de los problemas del mercado de trabajo dependientes de situaciones estructurales. De este modo, la situación actual nos muestra que cuando esas condiciones estructurales se deterioran, los indicadores del mercado de trabajo tienden también a empeorar, potenciándose fuertemente dicho deterioro dentro de los grupos de jóvenes trabajadores y trabajadoras.

En el gráfico siguiente se evidencia cómo cada uno de los indicadores recrudece dentro del segmento de los jóvenes que tienen entre 18 y 24 años de edad. Mientras que la tasa de informalidad estruc-

Los y las jóvenes están expuestos de manera mucho más descarnada a la falta de trabajo, así como al hecho de tener que inventarse ocupaciones precarias y de bajísima productividad.

tural ampliada (incluyendo al empleo doméstico) es del 33,7% a nivel general, la misma aumenta a cerca del 42% dentro del grupo de los jóvenes, o sea, se incrementa en un 24%. Evidentemente, el refugio de la informalidad y del autoempleo es la salida que encuentran muchos de los y las jóvenes que, año a año, tratan de insertarse productivamente.

Algo todavía más notable ocurre con la precariedad: pasa del 43,8% a nivel general dentro del universo de los ocupados, al 65,9% para los y las jóvenes de 18 a 24 años, lo que significa un incremento del 50%. Y, al analizar la desocupación, se evidencia que dentro del segmento joven la tasa de desempleo es cerca de 2,7 veces mayor que la tasa general.



Por lo tanto, los y las jóvenes que necesitan y tratan de insertarse en el mercado de trabajo están expuestos de manera mucho más descarnada a los

problemas de la falta de trabajo, así como al hecho de tener que inventarse alguna ocupación de bajísima productividad y en condiciones precarias.//

■ El problema de los jóvenes, precarización e informalidad estructural

Si bien nuestro indicador de informalidad estructural se relaciona de manera directa con aspectos de las unidades productivas (tamaño, tecnología, niveles de calificación, etc.), de modo simultáneo, se considera que estas unidades se corresponden con una población de trabajadores y trabajadoras, en este caso “jóvenes”, que se encuentran en un contexto que podríamos denominar de “acumulación de vulnerabilidades”, relacionadas con el empleo y las credenciales educativas, entre otros aspectos.

Dicho en otros términos, al existir un vínculo fuerte entre la posición que se ocupa en la división social del trabajo y en la estructura socio-productiva, con esquemas de integración social vinculado a redes de sociabilidad, por proximidad, y por determinados dispositivos institucionales de protección social, se puede observar que en estos jóvenes, que ocupan lugares de una frágil inserción estructural en el mercado de trabajo, se manifiestan tasas elevadas de *informalidad estructural* y *precariedad laboral*.

Estas dificultades, asociadas a la juventud, pueden relacionarse, entre otras cosas, con los problemas derivados de la formación de la escuela primaria y

Las mujeres no sólo se ven afectadas por su condición de jóvenes, sino también por el propio hecho de ser mujeres discriminadas en el sistema del mercado de trabajo.

media y la distancia entre la educación formal y la educación para el trabajo. Del mismo modo, el creciente aumento del cuentapropismo, asociado a la informalidad estructural, trae aparejado un aumento del aislamiento, porque se trabaja en soledad, sin otros con los que compartir las tareas, metas, etc. Esta sumatoria de aspectos negativos complica más a estos jóvenes que, de por sí, cuentan con pocas experiencias condicionadas por las acotadas trayectorias laborales y/o formativas.

Jóvenes: desocupación, informalidad y precarización

Según edad y género		Tasa desocupación	Tasa informalidad ampliada*	Precarización sobre ocupados	
Varón	Edad	18 a 24 años	24,2	41,1	66,1
		25 a 29 años	9,8	31,1	47,0
		30 años y más	5,5	29,2	38,2
	Total		8,7	31,1	42,8
Mujer	Edad	18 a 24 años	27,6	42,9	65,7
		25 a 29 años	14,0	35,0	50,3
		30 años y más	7,2	36,4	41,5
	Total		10,8	37,1	45,2
Total general jóvenes de 18-24 años		25,7	41,9	65,9	
Total general		9,6	33,7	43,8	

Elaboración propia con datos EPH 2do trimestre 2018

*La tasa de informalidad ampliada resulta de la suma de la informalidad estructural y el empleo doméstico.

Como se puede observar en el cuadro, hay dos grandes aspectos para destacar, en primer lugar, lo que ya hemos señalado respecto a la especificidad de los problemas laborales dentro del segmento joven y, en segundo lugar, cómo estos problemas están, a su vez, atravesados por la cuestión de género, empeorando la situación aún más en el caso de las mujeres. Es decir, como grupo específico, las mujeres no sólo se ven afectadas por su condición de jóvenes, sino también por el propio hecho de ser mujeres discriminadas en el sistema del mercado de trabajo.

Como hemos puntualizado antes, la informalidad estructural (+24%), la precariedad en el puesto de trabajo (+50%) así como la desocupación (+267%) se incrementan notablemente en el segmento de la primera juventud, que tienen entre 18 y 24 años. Este sería un fenómeno tan específico que los valores que registran los jóvenes adultos, aquellos que tienen entre 25 y 29 años se parecen mucho más

a los de los adultos que a los jóvenes precedentes.

A su vez, lo que muestra este primer panorama es una diferencia persistente en las tres variables respecto a los grupos de varones y mujeres. Mientras que el 24,2% de los varones de 18 a 24 años están desocupados, esta proporción aumenta al 27,6% dentro del grupo de mujeres de esta misma edad. O sea, las mujeres de la primera juventud están en una proporción del 14% más desempleadas que sus pares varones; también puede pensarse que casi 4 de cada 10 mujeres de este grupo están sin trabajo y lo buscan activamente.

Dentro del segmento de la primera juventud (18 a 24 años), las diferencias se mitigan en lo que respecta a la informalidad estructural y la precariedad laboral, aspectos que afectan a los y las jóvenes ocupados. Son valores mucho más elevados que los del resto de los segmentos pero similares entre varones y mujeres.

Mirando al interior de la juventud: relación trabajo-educación y desigualdades de género

	Nivel educativo	Varón	Mujer
18 a 24 años	Primario (completo o incompleto)	9,1	6,6
	Secundario (completo o incompleto)	57,9	46,8
	Educación Superior (completa o incompleta)	33,0	46,6

Cuando analizamos el nivel educativo al interior del grupo de mujeres y varones en la primera juventud (18 a 24 años), vemos que entre las mujeres el 46% alcanza un nivel de educación superior, ya sea completo o incompleto, mientras que en los varones este nivel es alcanzado por el 33%. Esto expone que el mayor desempleo femenino no podría explicarse por una falta de formación. Asimismo, la ampliación del acceso educativo entre los y las jóvenes respecto a sus generaciones precedentes aumenta considerablemente los porcentajes de educación secundaria y superior del segmento de 18 a 24 años respecto de la población total. Por lo tanto, la desocupación que afecta a la primera juventud tampoco podría ser explicada por una falta de formación.

Esto expone que el problema en la calidad del empleo responde a una deficiencia estructural en la demanda de trabajo joven, impactada, a su vez, por la pérdida de dinamismo en la economía. Considerando esta lectura, identificamos que, en gran medida, dentro de la política de empleo dirigida a jóvenes a nivel nacional, parte de los programas vigentes asume que algunos aspectos de la respuesta a esta problemática está estrictamente vinculada con acercar instancias formativas a los jóvenes de 18 a 24 años. Es así que, en la actualidad, las políticas de empleo joven suelen, muchas veces, concentrarse en los ejes de terminalidad educativa y educación no formal (en oficios y en habilidades blandas o socioemocionales), sin incluir la consideración de la deficiencia estructural en la demanda de trabajo de este segmento.

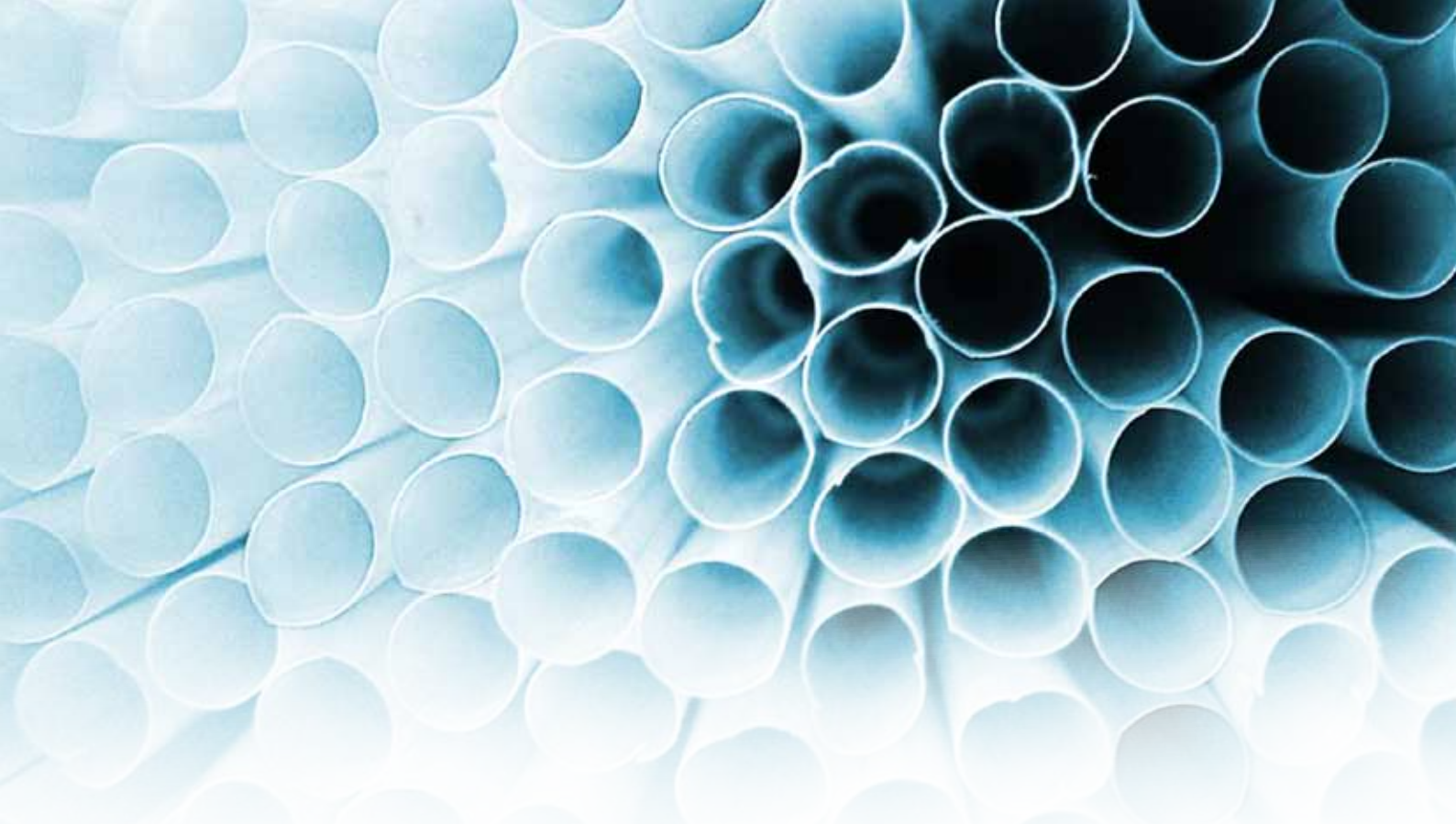
Jóvenes 18 a 24 años	Tasa desocupación	Tasa informalidad ampliada	Tasa precariedad en ocupados
Hasta secundaria incompleta	24,5	54,1	78,7
Secundaria completa	28,2	38,7	62,8
Educación superior completa o incompleta	24,2	32,7	56,2
Total	25,7	41,8	65,9

Hay que considerar que el aumento en la participación de los y las jóvenes en el sistema educativo fue paralelo a un proceso progresivo de fragmentación y deterioro en la calidad de la educación. Esto ocurrió, sin embargo, de forma segmentada y operando, por lo tanto, transformaciones diferenciales entre los distintos estratos de la sociedad, dando lugar a escolarizaciones de calidades y accesos heterogéneos. En este mismo sentido, la escolarización masiva de las últimas décadas genera en el mercado laboral un proceso de “inflación educativa”, dado por la multiplicación de títulos secundarios que devienen en una pérdida de su carácter distintivo a la hora de conseguir un empleo. La proliferación de títulos en el marco de un crecimiento del nivel formativo, en un contexto de achicamiento económico donde los puestos de trabajo son cada vez más

escasos, lleva a un movimiento de ampliación de la dificultad para llegar al estándar de calificación requerido para los jóvenes.

Estos cambios profundizaron tendencias hacia la “fragilización” de las relaciones de estos jóvenes con el trabajo, afectando sus trayectorias laborales y formativas, tanto desde la mirada institucional como de los sujetos en forma individual. Esto se manifiesta en el deterioro de los patrones “tradicionales” de articulación entre los mundos de la educación y el trabajo.

Considerando estas tendencias, podemos ver los datos siguientes: cuando ponemos en comparación las tres tasas propuestas en el tercer trimestre de 2015 y en el segundo trimestre 2018, que son los últimos datos publicados por el INDEC, observamos que el indicador que ha sufrido un mayor aumento es la



desocupación, dado que es el más sensible a las crisis económicas coyunturales, mientras que la informalidad, como fenómeno estructural, se mueve de

forma más atenuada, impactando en el largo plazo y absorbiendo fuerza de trabajo según la ausencia de dinamismo específicas para cada rama de actividad.

Comparación entre 2015 y 2018 para jóvenes				
de 18 a 24 años		Tasa desocupación	Tasa Informalidad ampliada	Tasa de ocupados precarizados
Varones	3T 2015	17,27	37,33	63,03
	2T 2018	24,24	41,12	66,11
Mujeres	3T 2015	22,76	43,06	61,82
	2T 2018	27,64	42,85	65,68

Como marco general y a partir de estos datos, podemos decir, también, que las problemáticas económico-laborales mencionadas se ven acentuadas por el creciente debilitamiento de las tradicionales redes familiares, civiles y comunitarias de reproducción social. La esfera laboral se encuentra especialmente vinculada a estas redes de sociabilidad, de tal manera que las transformaciones progresivas que se producen en una afectan a la otra, en un contexto de crisis global de los esquemas de integración vincu-

lados a la denominada sociedad salarial y su relación con una crisis profunda de las instituciones que funcionan como soportes de las protecciones sociales.

Revertir estas tendencias supone la necesidad de integrar los niveles macrosocial y microsocioal, considerando las dimensiones vinculadas a lo estructural, los aspectos a nivel institucional y las subjetividades propias de los y las jóvenes que participan y son destinatarios de los distintos dispositivos de política pública vinculados al mercado de trabajo.//

■ Condiciones estructurales y el futuro de los jóvenes trabajadores y trabajadoras

Mientras no se reconozca que nuestra actual estructura social y productiva está dejando fuera de sus metas y aspiraciones a millones de argentinos, será muy difícil ingresar en un camino de desarrollo sostenido.

Como señalamos, el trabajo es una dimensión esencial para la inclusión de las personas dentro de una comunidad, especialmente para los y las jóvenes que, año a año, buscan integrarse al aparato productivo. Este segmento de la primera juventud se encuentra más afectado por la desocupación, la subocupación, la informalidad estructural y la inserción laboral desprotegida. A su vez, las exigencias de credenciales educativas y experiencia laboral previa dificultan el acceso de este colectivo a puestos de trabajo de calidad.

Esto recoge un problema mayor: la naturalización de las condiciones de precariedad laboral de los nuevos ingresantes al mercado de trabajo erosiona la cultura histórica basada en derechos de todas y todos los trabajadores argentinos.

Por ello, abordar los problemas que afectan a estos jóvenes requiere no sólo evaluar las credenciales educativas que ellos tienen, sino también contemplar las condiciones estructurales que la sociedad

propone para su inserción. En este sentido, el caso de los y las jóvenes nos brinda una dimensión de la complejidad de la crisis que estamos atravesando, que incluye la dimensión económica, asociada a las fracturas presentes dentro de la estructura productiva; las formas de vínculo entre economía y sociedad –crisis del mundo del trabajo– y el deterioro de los lazos de protección social, tanto los de proximidad y comunitarios, como los provenientes de la acción estatal.

Como venimos señalando desde el primer número del Dossier, si las condiciones “macro” favorables son una condición necesaria pero no suficiente para moderar algunos de los problemas estructurales propios de nuestro país, estamos evidenciando que, frente a un contexto recesivo, se está desarrollando un aumento significativo tanto de la informalidad estructural como de la precariedad general de los trabajadores. También la desocupación comienza a incrementarse peligrosamente para determinados grupos específicos de nuestra población.

Del mismo modo, como hemos señalado en este número, cuando la situación actual expresa un deterioro generalizado de las condiciones estructurales, los indicadores del mercado de trabajo en su conjunto tienden también a empeorar en general y, particularmente, de manera más pronunciada dentro del segmento de jóvenes trabajadores y trabajadoras; porque para ellos deben sumarse factores vinculados a los problemas de tipo educativo, la distancia entre la educación formal y la formación técnico profesional, el creciente aumento de la informalidad estructural, así como la propia falta de experiencia laboral.

Frente a este panorama, queremos remarcar la necesidad de volver la mirada sobre la economía real. El predominio del pensamiento a corto plazo refleja una incompreensión fundamental del papel econó-

mico y social adecuado del Estado. En este sentido, medidas tales como el déficit cero responden más a dar señales a mercados financieros que a reconstruir condiciones de inversión en los agentes económicos. Dentro de este enfoque quedan decisiones de política económica como la inversión estratégica activa del sector público y su impacto en el crecimiento de sectores dinámicos de la economía real. Mientras no se propicie una discusión seria y profunda respecto a cómo Argentina aumentará sus ingresos de modo genuino y de algún modo sustentable, mientras no se discutan los problemas estructurales, mientras no se reconozca que nuestra actual estructura social y productiva está dejando fuera de sus metas y aspiraciones a millones de argentinos, será muy difícil ingresar en un camino de desarrollo sostenido.//

STAFF

DIRECCIÓN DE
LA PUBLICACIÓN >

Pablo Jacovkis

[Director del Centro
Interdisciplinario de
Estudios Avanzados –
UNTREF]

Gustavo Gándara

[Director Ejecutivo de
la Fundación UOCRA]

DIRECCIÓN
DE CONTENIDOS >

Diego Masello

EQUIPO EDITORIAL >

Pablo Granovsky

Candelaria Rueda

Ana Barone

Guillermo Zuccotti

Hernán Ruggirello

Vanesa Verchelli

Beatriz González Selmi

EQUIPO DE
EDICIÓN Y DISEÑO >

**Equipo editorial
de Aulas y Andamios**

AUTORIDADES

UNIVERSIDAD NACIONAL
DE TRES DE FEBRERO

RECTOR

Lic. Aníbal Y. Jozami

VICERRECTOR

Lic. Martín Kaufmann

SECRETARIO GENERAL

Cdr. Horacio Russo

SECRETARIO ACADÉMICO

Ing. Carlos Mundt

SECRETARIO DE INVESTIGACIÓN
Y DESARROLLO

Dr. Pablo Jacovkis

SECRETARIO
DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA
Y BIENESTAR ESTUDIANTIL

Prof. Gabriel Asprella

SECRETARIO
DE GESTIÓN INSTITUCIONAL

CPN Raúl Sánchez Antelo

SECRETARIO ECONÓMICO FINANCIERO

Lic. Pablo Belardinelli

FUNDACIÓN UOCRA
PRESIDENTE

Gerardo Martínez

DIRECTOR EJECUTIVO

Gustavo Gándara

SUBDIRECTOR EJECUTIVO

Alejandro Waisglas

GERENTE INSOC

Juan Puigbó

UNTREF

Mosconi 2736 . Sáenz Peña . Partido 3 de Febrero

 **Fundación
UOCRA**

Azopardo 954 . Ciudad de Buenos Aires